

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 446

Madrid, 9 de Agosto de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

¡BUENAS NUEVAS!

CRISTO y sus Apóstoles hicieron muchas preguntas, porque una pregunta pide contestación, y una contestación exige reflexión. Yo estoy sumamente agradecido a quien me hizo una pregunta sobre mi salvación hace cuarenta y seis años. Hijo de creyentes, no era yo creyente: protestante de nacimiento, no había, personalmente, confiado en Cristo como mi propio Salvador. La pregunta me despertó y resultó en mi conversión. Ahora, a mi vez, te pregunto, amado lector: «¿Tienes tú la salvación y el perdón de tus pecados?»

Si dejara la pregunta hasta la hora de tu muerte, tal vez sería tarde. Hace pocos días visité a un enfermo. Me dijo la esposa que había pasado una mala noche, y que ella le había rogado que buscara al Señor. En eso me dijo él, y yo le dije: «No me hables...» Tan débil, tan fatigado o tal vez tan endurecido, no pudo fijarse en nada... Murió a los dos días. Si te hiciera la pregunta cuando vas al trabajo, naturalmente, me dirías: no es el momento oportuno. Pues hace pocos días siete hombres estaban pintando un pontón en la bahía de Marín. De repente, cedió la plancha y fueron precipitados al agua. Cinco de ellos se hundieron y no han aparecido sus cuerpos... No podían apartar a la muerte que tan inoportunamente se presentó.

Yo te hablo cuando estás descansado, leyendo con calma este periódico, y te hago la pregunta.

¿Qué me contestas? ¿Sí o no?

En Tito, capítulo II, tenemos las palabras:

La Gracia de Dios trae salvación. Gracia es favor inmerecido.

Si un hombre es condenado en un juzgado municipal y apela al juzgado de primera instancia, y ese, a su vez, le condena, puede aún, invocando la Justicia, apelar al Tribunal Supremo.

Si este Tribunal confirma la sentencia, tendrá que sufrir el castigo señalado. Ya no cabe, si se suplica un indulto, poner las palabras: «Justicia que espera» etc., sino «Gracia que pide». La Justicia exige que se lleve a cabo la sentencia de la ley, ultrajada por el delito cometido. Al ape-

la oveja, dejó su hogar, se fué al frío y a los peligros de la noche, buscándola hasta hallarla. Cuando la recogió, podemos decir que *Él la trajo la salvación*.

Hubo un pobre viajero que cayó en manos de unos bandidos que le despojaron de todo lo que llevaba y le hirieron, dejándole para morir, incapaz de levantarse, cada vez más débil y más desesperado... Pasó por el sitio un hombre del país vecino, el cual, bajándose de su caballería, llegó al desgraciado, vendó sus llagas y le llevó al pueblo próximo. Este buen hombre *trajo al infeliz la salvación*.

Hubo una guerra de cuatro reyes contra cinco. Estos últimos fueron derrotados, y entre ellos, el rey de Sodoma. Lot, el sobrino de Abram, residió en Sodoma, y fué llevado prisionero con los otros. Abram armó sus criados y fué al alcance de los vencedores: los hirió y rescató a Lot y a los demás. Se ve que Abram *trajo salva-*

ción a Lot. Así la Gracia de Dios llega a nosotros, pecadores, perdidos como la oveja, heridos y maltrechos del pecado como el viajero, presos del diablo como Lot, y nos trae la salvación.

Por gracia somos salvos; no por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, más por Su misericordia nos salvó. No hay diferencia, por cuanto todos pecaron. Somos justificados gratuitamente por Su gracia por la redención que es en Cristo Jesús.

Nos trae salvación. El Salvador viene del cielo. Antes de nacer, estando aún en el seno de la Virgen, cuando Isabel exclamó a gran voz y dijo: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, María dijo: mi espíritu se alegró en Dios, mi Salvador. Luego, al nacer, un ángel dijo a los pastores: os doy nuevas de gran gozo, que os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor.

Cuando trajeron al niño para preser-

TRÁNSITO

Pasaste Tú, Dios mío ¿Quién si no hasta mi estancia
supo llegar? ¿Quién pudo, dime, si Tú no fuiste,
dejar aquel aroma de mística fragancia
con el que tantas veces, amante, me envolviste?

Pasaste, sí; ¡tu tránsito fué el rastro
del ave en el espacio; el camino del astro
fantástico en el cielo; la senda incognoscible
de la nube viajera... Fueron tus pasos leve
claridad de relámpago, fugaz brillo de nieve...

y no obstante yo supe mirarte en lo invisible!

CLAUDIO GUTIÉRREZ-MARÍN

lar a la gracia no hay derecho a nada ni se habla de méritos ni merecimientos; sería una nueva ofensa ofrecer dinero. Al pedir perdón hay que reconocer a la Justicia sus derechos.

A veces se proclama un indulto que el Rey y su Gobierno se dignan conceder sin que se haya suplicado. Todo aquel a quien el indulto alcanza puede acogerse a él.

Así, la Gracia de Dios trae salvación al pecador que se ve condenado por sus pecados, habiendo quebrantado la santa ley de Dios, traspassando sus mandamientos. Dios, en su justicia, no puede tener por inocente al culpable, pero la gracia de Dios trae salvación.

Hubo una pobre oveja descarriada, perdida por el monte, desfallecida, a punto de perecer. No tuvo sentido para volverse al redil, ni fuerzas para luchar contra cualquiera fiera, ni hubo esperanza de salvación... El Pastor, al echar de menos

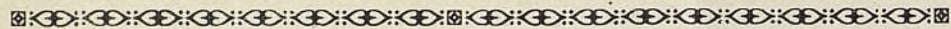
tarlo al Señor, el anciano Simeón le tomó en sus brazos y bendijo a Dios, diciendo: mis ojos han visto tu salvación. Palabra que fué comprobada mil veces en los casos de la mujer pecadora, de Zaqueo, del ladrón moribundo, y después en los 3.000, en Saulo de Tarso, en el Carcelero, en Cornelio, etc.

La Gracia de Dios, manifestada en Cristo, como luego dice: *Cristo se dió a Sí mismo por nosotros para redimirnos*. Cada uno puede apropiarle y decir cual

Pablo: El Hijo de Dios me amó y se entregó a Sí mismo *por mí*.

Para concluir: esa gracia recibida por fe nos enseña a vivir bien y a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos... Cristo ya es nuestro Maestro y Guía y Señor de nuestra vida... La nueva vida trae consigo nuevos gustos y deseos; no es que dejamos con disgusto el pecado. Es que tenemos un manantial de agua de vida que apaga nuestra sed adentro.

ENRIQUE TURRALL.



Martín Lutero y los dos estudiantes.

EL suizo Juan Kessler, contemporáneo de Lutero, ha escrito un libro titulado *Sabbata*, en el que refiere sus experiencias en los años 1523 a 1539. En esta crónica describe un viaje que hizo a Wittenberg en la primavera del año 1522, con el objeto de estudiar Teología. De ella tomamos el interesante relato del encuentro que en este viaje tuvo el joven estudiante con Lutero, quien por aquel mismo tiempo había abandonado su refugio del castillo de Wartburg, a fin de poder calmar las revueltas que los fanáticos iconoclastas habían provocado en Wittenberg.

Al dirigirnos a Wittenberg, refiere Kessler, para estudiar las Sagradas Escrituras, llegamos a Jena, en la región de Turingia — Dios lo sabe —, bajo una tremenda tormenta, y después de preguntar en toda la ciudad por un alojamiento donde pudiéramos pasar la noche, no pudimos dar con ninguno; en todas partes nos negaron posada, porque era Carnaval — la tarde del 4 de Marzo de 1522 —, época en que se preocupan poco de peregrinos y forasteros.

Entonces salimos de la ciudad para seguir caminando, por si llegábamos a algún pueblo donde nos quisieran albergar. En la puerta de la ciudad nos encontramos con un buen hombre que nos preguntó amablemente adónde íbamos tan tarde, puesto que no encontraríamos, antes de cerrar la noche, ni casa ni caserío en las cercanías donde nos recibieran. Dijo, además, que sería fácil errar el camino y nos aconsejó, por lo tanto, que quedáramos allí.

Le contestamos: — Buen hombre, hemos estado en todas las fondas que nos han indicado, y en todas partes nos han negado posada, así que tenemos que caminar por necesidad —. Entonces nos preguntó si habíamos probado ya en la posada del Oso Negro. Le contestamos: — No sabemos dónde está, amigo; díganos, ¿dónde se encuentra? — En seguida nos la indicó, a la salida de la ciudad. Cuando llegamos al Oso Negro — mientras todos los posaderos nos habían despedido — aquí salió el mismo hostelero a recibirnos, se ofreció a albergarnos y nos condujo a la habitación.

Allí vimos a un hombre sentado solo a la mesa con un librito delante de sí; nos saludó amablemente y nos invitó a que nos acercáramos y nos sentáramos junto a él; pero nuestros zapatos estaban tan llenos de barro que nos daba vergüenza entrar con confianza en la habitación, por lo cual nos sentamos humildemente en un banquillo cerca de la puerta.

Entonces nos ofreció de beber, cosa que no le pudimos negar. Notando así su amabilidad y cariño, nos sentamos a su mesa, como él nos había indicado y pedimos un cuartillo de vino para poder corresponder y ofrecerle a él también. No creíamos sino que era un soldado de caballería que estaba allí sentado, según costumbre del país, con una gorra de cuero rojo, con calzones y chaqueta, sin armadura, con una espada al cinto, la mano derecha en la empuñadura y la otra puesta en la vaina. Sus ojos eran negros y profundos, brillando y chispeando como una centella, de modo que no se atrevía uno a mirarlos de frente.

Empezó a preguntarnos de dónde éramos; pero él mismo se dió la respuesta: — Sois suizos, ¿de qué parte de Suiza sois? — Contestamos: — De San Gall —. Entonces dijo: — Sí, según entiendo, vais de aquí a Wittenberg, allí encontraréis buenos paisanos, a saber, al doctor Jerónimo Schurf y a su hermano el doctor Agustín.

Le dijimos que llevábamos cartas para ellos. Después le preguntamos: — Señor, ¿no nos podría dar razón de si Martín Lutero está ahora en Wittenberg, o en qué lugar se encuentra? — Nos contestó: — Tengo noticia cierta de que Lutero no está allí precisamente ahora, pero irá pronto. Sin embargo, allí está Felipe Melancton que enseña la lengua griega, como también otros enseñan la hebrea. Encarecidamente os aconsejo que estudiéis ambas lenguas, porque son necesarias para entender las Sagradas Escrituras.

A lo cual exclamamos: ¡Alabado sea Dios! Porque si Dios nos da vida, no dejaremos hasta ver y oír a ese hombre; pues por su causa emprendimos este viaje, habiendo sabido que él quiere derribar el sacerdocio y la misa. Habiendo sido edu-

cados y destinados por nuestros padres, desde nuestra juventud, para ser sacerdotes, deseábamos mucho oír qué enseñanza nos irá a dar y con qué derecho ejecutará dicho propósito.

Después de estas palabras, él nos preguntó: — ¿Dónde habéis estudiado hasta ahora? — Contestación: — En Basilea. — Entonces dijo: — ¿Cómo va en Basilea? ¿Sigue allí aún Erasmo de Rotterdam? ¿Qué hace? — Señor, le respondimos: No sabemos, sino que va bien; también está allí Erasmo, pero lo que hace, todo el mundo lo desconoce e ignora, porque se mantiene muy quieto y oculto.

Semejantes discursos nos parecían muy extraños en un caballero armado, que supiera hablar de los hermanos Schurf, de Felipe y de Erasmo, e igualmente de la necesidad de conocer ambas lenguas, la hebrea y la griega.

Además, como en su conversación intercalaba algunas palabras latinas, supusimos que fuera otra persona distinta de la de un simple soldado. — Amigo — nos preguntó — ¿qué opinan en tierra de Suiza de ese Lutero? — Señor, como en todas partes, hay diferentes opiniones. Algunos no pueden ensalzarle bastante y dan gracias a Dios porque ha revelado su verdad por medio de él y ha dado a conocer los errores; pero algunos le condenan como hereje infiel, y particularmente los sacerdotes. — Entonces dijo: — Ya me figuro que son los curas.

Tales conversaciones despertaron en nosotros una gran confianza, de tal modo que mi compañero levantó el librito que estaba delante de él y lo abrió. Eran los Salmos en hebreo. Entonces volvió a dejarlo en seguida y el caballero se lo guardó. De ahí que nos sobrevinieran mayores dudas acerca de quién sería. Mi compañero dijo: — Daría un dedo de la mano por entender esa lengua. — El contestó: — Ya la comprenderéis, si ponéis en ello diligencia; también yo deseo perfeccionarme en ella y me ejercito diariamente.

Entretanto el día declinó del todo, se hizo muy oscuro y el posadero se acercó a la mesa. Habiendo entendido nuestro gran afán y deseo por Martín Lutero, dijo: — Queridos amigos, si hubierais estado aquí hace dos días, lo habríais conseguido; porque aquí en esta mesa estuvo sentado y — señalando con el dedo — en ese lugar.

Eso nos disgustó mucho y nos indignamos por habernos retrasado, y culpamos enojados al mal camino, lleno de barro, que nos había impedido llegar antes. Pero dijimos: — Por lo menos es una gran satisfacción para nosotros saber que hemos estado en la misma casa donde él estuvo.

De esto hubo de reírse el posadero y se salió por la puerta. Al cabo de un rato el posadero me llama para que saliera a la puerta de la habitación. Me asusté, pensando qué cosa inconveniente pudiera haber hecho, bien a pesar mío. Enton-

ces me dijo: — Ya que veo que de buena fe deseáis oír y ver a Lutero, es ese que está sentado con vosotros.

Estas palabras las tomé como burla y dije: — Señor posadero, ya veo que me queréis dar una broma y satisfacer mi anhelo con la figura imaginaria de Lutero. — El contestó: — Es él, en verdad, pero no des a entender que le tengas por tal y que le reconoces.

Le di la razón al posadero, pero no lo podía creer. Volví a la habitación, me senté de nuevo a la mesa y de buena gana le hubiera dicho a mi compañero lo que el posadero acababa de manifestarme. Por fin me dirigí a él y le murmuré al oído: — El posadero me ha dicho que ese es Lutero. — Él, lo mismo que yo, tampoco quiso creerlo en seguida. — Habrá dicho que es Hutten y tú no le has entendido bien.

Como el traje y ademán de soldado de caballería me hacían pensar más en Hutten que en Lutero, siendo fraile, me dejé persuadir, como si hubiera dicho: — Es Hutten, ya que ambos nombres tenían la misma asonancia. Así es que, lo que hablé después, lo hice como si hablara con el caballero Ulrico de Hutten.

Entre tanto, vinieron dos de los comerciantes que también querían hacer noche allí, y después de haberse quitado el manto y las espuelas, uno de ellos puso a su lado un libro sin encuadernar. Entonces Martín pregunto, qué libro era ese, y él contestó: — Es el *Comentario*, del Dr. Lutero a algunos Evangelios y Epístolas, acabado de imprimir y publicar. ¿No lo habéis visto? — Martín replicó: — Pronto me lo mandarán a mi también. — A esto dijo el posadero: — Pasen a comer, señores. Nosotros pedimos al posadero que nos dispensara y nos sirviera aparte, pero él contestó: — Mis buenos amigos, sentaos con los señores a la mesa, ya les serviré bien. — Al oír esto Martín, dijo: — Venid, acercaos, ya arreglaré yo la cuenta con el posadero.

Durante la comida Martín dijo muchas palabras amables y piadosas, de manera que los comerciantes y nosotros enmudecimos ante él y atendíamos más a sus palabras que a todos los alimentos. Entre otras cosas se lamentó suspirando, cómo precisamente entonces estaban reunidos los príncipes y señores en la Dieta de Nuremberg, para tratar de la palabra de Dios, de estos asuntos pendientes y de los gravámenes de la nación alemana; pero que no tenían otra inclinación que pasar el breve tiempo en costosos torneos, paseos en trineo, incontenencia, arrogancia y prostitución, cuando para ello sería más provechosa la piedad y fervientes oraciones a Dios. Además dijo que tenía la esperanza de que la verdad evangélica llevaría más fruto entre nuestros hijos y descendientes, sino que ahora están informados en la pura verdad y en la palabra de Dios; que no entre los padres, en los que los errores están tan arraigados que no sería fácil extirparlos.

Después, los comerciantes expusieron también su buena opinión, y el de más edad dijo: — Yo soy un simple y sencillo laico y no entiendo mayormente esas discusiones, pero por mi parte digo: A mi modo de ver las cosas, ese Lutero o debe ser un ángel del cielo o un diablo del infierno. De buena gana me gastaría diez florines para poderme confesar con él; porque creo que él querría y podría instruir bien mi conciencia. — En esto el posadero se acercó sigilosamente a nosotros y nos dijo por lo bajo: — No os preocupéis por la comida, Martín os ha pagado la cena. — Esto nos alegró grandemente, no por el dinero y el provecho, sino porque nos había convidado ese hombre. — Después de la cena, los comerciantes fueron a la cuadra para cuidar de los caballos. Mientras, Martín quedó solo con nosotros en la habitación y le dimos las gracias por su convite y regalo, haciéndole ver que le teníamos por Ulrico de Hutten. Pero él dijo: — No soy yo. — A esto llegó el posadero, y Martín dijo: — Esta noche me he convertido en uno de la nobleza, porque estos suizos me toman por Ulrico de Hutten. — El posadero contestó: — No lo sois, pero sois Martín Lutero. — Entonces se sonrió, bromeando: — Estos me tienen por Hutten, vos por Lutero, pronto llegaré a ser a lo mejor Marcolfo (figura cómica del siglo XV y XVI). Dicho esto, tomó un vaso de cerveza y dijo según costumbre del país: — Suizos, tomemos un amable trago para la bendición. — Y cuando fui a tomar el vaso de sus manos, cambió el vaso de cerveza por uno de vino, diciendo: — La cerveza os extraña y no estáis acostumbrados a ella, tomad el vino. — Después se levantó, se echó la cota de armas sobre el hombro, y dijo: — Cuando lleguéis a Wittenberg, dadle recuerdos al doctor Jerónimo Schurf. — Contestamos nosotros: — De buen grado lo haremos, pero ¿cómo os llamaremos, para que él entienda que el saludo es de vos? — Dijo él: — No digáis más que: el que vendrá os saluda, y en seguida comprenderá. — Así se despidió de nosotros y se fué a acostar.

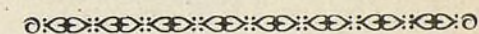
Luego volvieron los comerciantes a la habitación y mandaron al posadero que les trajera otro trago, durante el cual tuvieron mucha conversación acerca del huésped, quién pudiera ser. El posadero dió a entender que él le tenía por Lutero, y ellos, los comerciantes, pronto se dejaron convencer y lamentaban y se condolían de que hubieran hablado tan desacertadamente de él diciendo que por la mañana madrugarían más, antes de que montara a caballo, para rogarle que no se enfadara, ni se lo tomara en cuenta, puesto que no habían reconocido su persona. Así lo hicieron, y por la mañana le encontraron en la cuadra. Pero Martín les contestó: — Anoche, en la cena, habéis dicho que os gastaríais diez florines por Lutero, con tal de confesaros con él. Si alguna vez os confesáis con él, ya veréis y sabréis si yo soy Martín Lutero. — Mas no

se dió a conocer, montó a caballo poco después y se encaminó hacia Wittenberg.

El mismo día marchamos hacia Naumburgo, y al llegar a un pueblo, al pie de una montaña — me figuro que la montaña se llamaba Orlamunde y el pueblo Nasshausen —, por el que pasa un arroyo, el cual, por las excesivas lluvias, se había desbordado llevándose en parte el puente, de modo que nadie podía pasarle a caballo. En ese pueblo hicimos posada, y por casualidad encontramos a los dos comerciantes en la posada, los que allí, por causa de Lutero, también nos pagaron la cuenta.

Al sábado siguiente, anterior al primer Domingo de Cuaresma, entramos en casa del doctor Jerónimo Schurf, para entregarle nuestras cartas de recomendación. Cuando nos mandaron entrar en la habitación, nuestra sorpresa no conoció límites al encontrarnos allí con el caballero Martín, lo mismo que en Jena. Y con él estaban Felipe Melancton, Justo Jonas, Nicolás Amsdorf, el doctor Agustín Schurf y le cuentan lo que durante su ausencia ha ocurrido en Wittenberg. El nos saluda, se ríe, señala con el dedo y dice: — Ese es Felipe Melancton, del que os he hablado.

El gran novelista alemán, Gustavo Freytag, hablando de este encuentro de los estudiantes suizos con Lutero en la posada de Jena, dice: «En la descripción de Kessler, lo más maravilloso es la serena calma del gran reformador, que atravesaba la Turingia a caballo, excomulgado y proscrito, con el corazón preocupadísimo por el mayor peligro que amenazaba su doctrina: el fanatismo de sus propios partidarios.»



PENSAMIENTOS

La nave del alma pelagra más en la calma de los goces que en la tempestad de las penas. — *San Ambrosio*.

La primera prueba que un hombre es verdaderamente grande se halla en el hecho que es humilde. — *J. Ruskin*.

No hay sermón comparable a una vida santa.

Cuando la nube de la tribulación esconde el favor del Señor, la fe sabe que volverá a alumbrar otra vez, de manera que ora en medio de la nube para que sea disuelta. — *David Dickson*.

Jesu-Cristo fué hecho lo que nosotros somos, para que Él pudiera hacernos completamente lo que Él es. — *Irineo*.

Muchas veces la oración no es contestada como nosotros queríamos que fuera, porque se convertiría en un sistema de pídeme y te daré. Dios contesta nuestras peticiones tal como un padre sabio lo haría. — *J. Kennedy Maclean*.



CRÓNICA



Grandeza y miseria.

PASCAL en sus *Pensamientos*, ese bosquejo de una apologética cristiana, se detiene bastante hablando de la *grandeur et misère de l'homme*. El contraste es tan marcado que hace del hombre un monstruo: «Si te ensalzas, yo te rebajo; si te rebajas, yo te ensalzo» — dice en sublime apóstrofe al hombre el pensador de Port-Royal.

Pocos acontecimientos le dan tanto la razón como lo ocurrido con motivo de la fracasada expedición polar del dirigible *Italia*.

De una parte, brillan en muchos incidentes de la arriesgada empresa, y en la empresa misma, la grandeza del hombre, que puede aventurarse a regiones inhospitalarias a bordo de una nave aérea que no se sabe hasta qué punto podrá resistir los embates de los elementos en aquellos excepcionales parajes. La grandeza del hombre, que puede soportar penalidades indescriptibles, arrojado ya por la catástrofe sobre un témpano de hielo. La grandeza del hombre que, a todo riesgo, como ha hecho Amundsen, acude al socorro del rival con peligro tremendo de la propia vida.

Pero, por otra parte, ¡qué rivalidades, qué estrechas miras, qué egoísmos nacionales, qué pasión de partido, qué sospechas de inhumanidad y falta de compañerismo!

¡Cuánta grandeza! ¡Cuánta miseria! No les falta a los héroes de la vida moderna, como tampoco a San Pablo, un mensajero de Satanás, que los abofetee para que no se enorgullezcan demasiado. Y es que la humildad, el propio reconocimiento, es base de salvación.

La única esperanza.

El discurso de Mr. Baldwin, jefe del Gobierno inglés, en la reunión anual de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, ha tenido gran repercusión en la prensa de todo el mundo culto. Después de hacer constar que la Sociedad había publicado en 1927 una nueva versión bíblica casi cada tres semanas, y había vendido, a razón de 27.000 ejemplares por día, Mr. Baldwin calificó la Biblia de «poderoso explosivo», admirable frase en que deben parar la atención quienes piensan que la Sagrada Escritura es hoy un libro soso e inocuo. La labor de la Biblia permanece en silencio «hasta que algún hombre o pueblo es tocado, más que otros, por el poder divino, y el resultado es uno de esos grandes despertamientos religiosos que, a través de los siglos, repetidamente, han conmovido al mundo y estimulado a la Humanidad». En tono de profunda convicción, añadió: «Tan ciertamente como estamos en este salón, tal despertamiento ocurrirá de nuevo».

En el párrafo final, se revelaron los ocultos resortes de la personalidad, cada vez más respetada, del primer ministro, según afirmó después el arzobispo de York. Dijo así Mr. Baldwin: «Por mi parte, he de decir que si no creyese que nuestra labor y la de cuantos profesan la misma fe y los mismos ideales, sea en la política o en la obra cívica, se realiza con la fe y esperanza de que algún día — puede ser de aquí a un millón de años — el reino de Dios se extenderá por todo el mundo, yo perdería la confianza, no podría trabajar y entregaría mi cargo esta misma mañana a cualquiera que quisiera aceptarlo».

Exámenes.

He aquí un asunto que ha preocupado, y con razón, en muchas casas. Las reformas recientes en las pruebas académicas han evidenciado o una deficiencia lamentable en la enseñanza, o que se pretende elevar bastante el nivel de lo exigido para el título de Bachiller. En la Universidad Central, de 1.051 alumnos presentados para la reválida del Bachillerato de Ciencias, han aprobado sólo 130. En el Bachillerato de Letras los aprobados son 162, de 382 presentados.

Se ve que está todo por hacer en la cuestión de preparar bien a los alumnos y quizá también falta la práctica de la difícil tarea de dirigir y juzgar exámenes de conjunto. Sin mucha paciencia y trabajo sólido de profesores y examinadores, las reformas implantadas no lograrán su objeto. Esas clases de centenares de alumnos y esos exámenes de prisa y corriendo de miles de alumnos, libres o colegiados, deben desaparecer de los Institutos. El número de éstos debe multiplicarse, y la enseñanza debe ser más personal y directa.

Pero, sobre todo, se hace preciso elevar la enseñanza primaria. Tal como los muchachos entran hoy en los Institutos, es poco lo que éstos pueden hacer, por falta de base sólida en sus alumnos. Por esto merece toda simpatía la campaña del insigne periodista Luis Bello, que desea rodear a la Escuela pública de lo que no ha tenido hasta aquí; un aura de popularidad. Nuestros Colegios evangélicos han hecho labor admirable, no por sobra de recursos materiales, ni aun por estar servidos por eminencias pedagógicas, sino porque la labor de la enseñanza se ha realizado *con amor*, inspirada en el bien intelectual, moral y espiritual del niño.

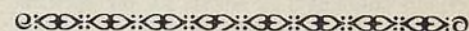
Alemanes en Inglaterra.

Organizados por el Comité Británico de la Alianza por la Paz, se ha verificado una visita de veinte distinguidos pastores evangélicos alemanes a Inglaterra y a Escocia. El objeto ha sido añadir los lazos de amistad aflojados un tanto por aquel conflicto. La visita se ha desarrollado con excelente éxito, dejando y recibiendo impresiones muy amistosas, tanto los visitantes como los visitados. Fueron recibidos aquéllos por el Arzobispo de Cantorbery con gran amabilidad, y agasajados por la Unión Cristiana de Jóvenes, la Sociedad de los Amigos (cuáqueros), el Ejército de Salvación, el Club Rotario, la Factoría de Cadbury, en Bournville, y el Ayuntamiento de Manchester. En esta ciudad se celebró una reunión del Comité Británico, con asistencia de esta prestigiosa representación de las iglesias alemanas, que incluía al Superintendente general Dibelius, de la iglesia de Prusia.

«Todos cuantos han visto a nuestros visitantes — dice *Goodwill* — han recibido la gratísima impresión del sentimiento de fraternidad que se estableció por ambas partes, de la genialidad de nuestros huéspedes, de la profundidad de su experiencia cristiana y de su sincero deseo de reconocer y fortalecer los lazos que nos unen a todos en una fe al mismo Señor.»

Esta clase de visitas recíprocas se habían empezado a realizar antes de la guerra, y de ellas se esperaba mucho bien. Ahora se reanudan bajo mejores auspicios, ya que por todas partes la Iglesia de Cristo está sintiendo más su universalidad y liberando su acción y testimonio de las trabas que una excesiva unión con las naciones y Estados le imponía.

EVANGÉLICUS.



ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

Precios de suscripción:

Un año	8 pesetas
Seis meses	4 »
Extrajero: Un año	15 »
» Seis meses	8 »
América: Un año	2 dólares
» Seis meses	1 dólar
No se admiten suscripciones por menos de seis meses.	
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.	

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

ADMINISTRADOR:

FERNANDO CABRERA

TELÉFONO 33.590

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

Este número ha sido revisado por la censura.

Información Evangélica.

Carmen Padín, en Carril.

La Audiencia de Pontevedra ha señalado a Carmen Padín la distancia de 25 kilómetros de El Grove para el sitio donde pueda cumplir su destierro. Y Carmen se ha establecido en Carril, donde venía residiendo ya su hija.



Conferencias de Verano.

La Unión Evangélica Bautista Española, a semejanza de lo que se hace en América, ha organizado una serie de conferencias de edificación e instrucción cristiana. En efecto; en América se aprovechan las facilidades que da esta estación del año para los viajes, y se organizan cursos de conferencias que siempre resultan de mucho provecho espiritual y de verdadero esparcimiento material. La serie de que hablamos tendrá lugar en los diez últimos días de este mes en la hermosa ciudad de Valencia, donde aquella denominación posee un local muy a propósito para esta clase de actos.

Los temas, todos muy interesantes, serán desarrollados por los Sres. Pais, Bufard, Celma, López, Zapater, Nogal, Bengtson, David, Ponzoa, Vila, Almodévar, Esteve y D.^a Antonia Zapater. Estas conferencias tendrán lugar de nueve a doce y media de la mañana y de cinco a las siete de la tarde. Todas las noches habrá cultos en el mismo local.

Deseamos el mejor éxito a este trabajo, y que el buen ejemplo tenga imitadores.



Un tributo espontáneo.

Con referencia al querido hermano y colportor de la Sociedad Escocesa, D. Ramón Carrasco, de San Sebastián, que poco ha partió para estar con el Señor, nos escribe miss A. A. Chalke desde dicha ciudad:

«No se ha dicho bastante en las noticias necrológicas acerca del espíritu verdaderamente cristiano y del amor a los correligionarios evangélicos que alentaba al Sr. Carrasco, y del cual tuvimos pruebas inolvidables en tiempos de enfermedad y ansiedad. Fué más que un Buen Samaritano para mi madre y para mí, dos mujeres inglesas solas en España; pues no nos dejó a los cuidados de ninguna otra persona, sino que estuvo siempre listo a nuestro llamamiento, dispuesto a hacer todo lo que le fuera posible; así que siempre guardaremos recuerdo agradecido de él.

»Debimos la amistad con D. Ramón al contratiempo de que la casa en San Sebastián perdiese su iglesia alquilada y los cultos tuvieran que celebrarse en nuestra casa hasta que se encontrase un lugar más adecuado. Este acto de injusticia fué el origen de las bendiciones que brotaron de una buena y duradera amis-

tad para nosotros y supongo que para otros. También se celebraron cultos en casa de D. Ramón, y estamos seguros de que, sin su entusiasmo y fe, la pequeña congregación aquí no se hubiera mantenida unida, como lo hizo, en frente de tanta oposición y motivos de desaliento.

»No olvidaremos fácilmente su nombre ni dejaremos de recordar en nuestras oraciones a su viuda, que tanto le echa de menos.»



REGISTRO

Fallecimiento. — Iglesia Evangélica Española. Puerto de Santa María. El 31 del pasado Julio dejó de existir, en Puerto Real, D. Benito Lobo, padre del pastor de esta Iglesia. Al día siguiente tuvo lugar el sepelio en el Cementerio Civil, oficiando el pastor de San Fernando, D. Enrique Tomás. Que el Señor derrame abundante consuelo sobre la afligida familia.

Indíces y Tapas de 1927.

Los índices, gratis sólo para los coleccionistas suscriptores.

Las tapas, en venta a los precios de costumbre.

Hemos enviado los índices a J. C. Rubí y E. B. H., Santander.

SECCIÓN FINANCIERA

Hospital evangélico.

Pedro Heredia, 6. - Madrid.

Recaudación del mes de Junio de 1928.

Madrid: E. R., 3 pesetas; R. P., 3; Padillas, 2; I. Sánchez, 1,50; H. Diez, 2; F. Orejón, 2,50; F. F. Moya, 5; A. Morillas, 5; señores Brachmann, 30; R. P., viuda de Casarrubios, 3; señores Bravo, 12; Iglesia de Chamberí, 60; C. Rodríguez, 1; F. Cortadellas, 15; anónimo, Chamberí, 75; C. P. viuda de Caravaca, 2; G. Mora, 3; J. Saguar, 2; E. Haselden, 5; señores Rhodes, 30; P. C. O., 17; C. Rodríguez, 1; A. Sanz, 1; M. Rodríguez, 1; R. Linares, 1; A. Molina, 1; V. Huelves, 1; P. y S. Rojo, 2; recaudación en el Puente, 2,50; G. Pastor, 1; C. y D. Reverte, 2; A. Araujo y señora, 5; C. A. García y señora, 3; F. Fernández, 3; F. Rubio, 2; T. Díez y esposo, 5; M. Martínán, 0,50; S. Tranco, 1; señora de Wood, 5; A. Machimacher, 2; señor Loewe, 2; A. Guera, 1; F. Hillers, 2; señor Carcumers, 2; N. García, 1; M. Roches, 100; M. Palomino, 1; J. Y., 1; A. Gordovil, 10; A. Huelves, 0,25; L. Albares, 2; A. Rojas, 1; J. Nieto y familia, 10; A. G. N., 2,50; J. Moldes, 1; G. Rodríguez, 1; J. Marin, 1; C. Guijarro, 2,50; M. Molina, 1; L. Villar, 1; M. Vigil, 1; B. Jordán, 1; R. Iglesias, 1; M. García, 2; C. Magro y señora, 1.

Oviedo: F. Tornadillo, 10.

Alicante: Iglesia Metodista Episcopal, 100.

Algodo: L. Ruano, 3.

Muchas gracias a todos los donantes.

RESUMEN

Total de lo recaudado en el mes	581,25
Balance del mes anterior	524,83
TOTAL	1.106,08

Total de lo gastado en el mes	191,50
Balance actual en Caja	914,58

Madrid, 30 de Junio de 1928. — Enrique Lindegaard.

Sociedad Bíblica.

Flor Alta, 2 y 4. Madrid.

Tercera lista. — Suma de la segunda lista: pesetas 4.525. Iglesia de Linares, 131,65; La Carolina, 128,65; Guarromán, 50; Escuela Dominical, Linares, y Clase Bíblica de la Srta. Hazelden, 58,85; colectado por la Srta. Hazelden entre amigos ingleses, 294,15; Iglesia de La Línea, 37,20; E. D., 5; M. Queralt, Barcelona, 5; Iglesia de Sevilla (Sr. Mezo), 15; E. D., 1,50; Tetuán de las Victorias, 10,15; niñas y párvulos, 4,50; Iglesia de Trafalgar, Madrid (Sr. Rhodes), 270,60; colegio párvulos, 10,30; niñas, 17; José Alonso, Madrid, 10; Iglesia de Pradejón, 8,85; niños, 1,65; hermana de Villanueva, 10; Iglesias de Cartagena y San Antón (señor Richards), 67; E. D., San Antón, 8,85; R. Pérez Parada, Ribadavia, 2; José Álvarez, 1; Julia Sebos, 1; general Labrador, Madrid, 15; Iglesia de Puertollano, 32; E. D., 1,95; Victorina Crespo, Ciudad Real, 5; Iglesia de Almodóvar, 10; E. D., 2,75; Ares, 110,20; E. D., 14,80; Málaga (Andrés Borrego, 31), 35; Unión Cristiana de Jóvenes, 5; colegios, 14,10; Santader, 50; E. D., 4,85; Pedro Fuente y señora, 5; Bilbao, 50; E. D., 18; Sotillo, 11; Iglesia Cristiana, Alginet, 41,75; idem Carlet, 11,50; Iglesia de La Coruña, 152,20; E. D., 9,55; Valencia (calle Emplom) y Bujarsot, 42; Albacete (Sr. Pais), 36; Sociedad de Señoras, 5; E. D., 10; Sociedad de Jóvenes, 15; Sanlúcar, 30; Cigales, 14; Valladolid (Sr. Borobia), 10; Iglesia Bautista de León y Palencia, 16; colegio niñas, calle Princesa, Madrid, 11,30; Iglesia de Jativa, 27; E. D., 5; Córdoba, 15; niños, 5; niñas, 5; niñas Marqués, 5; niños Vegas, 5; varios donantes de Córdoba, 13,75; Capdepera, 20; E. Ballesteros, Utrera, 3,70; Lidia Calamita, 2; Julio Vidal, 1; E. D., Utrera, 6; Valledor, Corcoesto, 10; Iglesia de Reus, 57,35; E. D., 3,65; una señora cristiana, Valencia, 5; Iglesia de Sevilla (señor Gómez), 34; U. C. de J., 15; E. D., 15; Iglesia de Medrano, 20; Toral de los Guzmanes, 22,50; Jiménez de Jamuz, 2,50; San Clodio, 6; E. D., 2,65; Iglesia de Lavapiés, Madrid, 64; E. D., 25; Prosperidad, 11; E. D., 5; niños Noviciado, Madrid, 23; hermanos de la Misión para los judíos, Tetuán, 40; A. Marzo, Madrid, 50; un grupo de cristianos, de Albacete, por conducto del colportor Manjón, 35; Iglesia Bautista, Carlet, 78,15; E. D., 15; Iglesia de Sumacárcel, 14,35; Iglesia Palafrugell, 16; F. Perendones, 1; V. García López, 4,70.

Suma, 7.153,45.

A rebajar, por donativos repetidos (5 ptas.) y error en otro (0,30), 5,30. Suma y sigue, 7.148,15 pesetas.

Gracias a todos los donantes.]

Quedan bastantes donativos para la siguiente lista.

Tarjetas postales con textos bíblicos.

Preciosas postales de excelente calidad artística con versículos impresos en azul o rojo.

Paquete A: Doce postales de flores.

Paquete B: Doce postales de pájaros, mariposas y flores.

Paquete C: Doce postales de paisajes.

Cada paquete, DOS PESETAS

Sdad. de Publicaciones Religiosas

Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

Teléfono 17.933.



CAPÍTULO XXII

LA TEMIDA ENTREVISTA

Una magnífica tarde, unos cuantos días después, Germán De Caulaincourt pasaba por el Patio de San Pedro, paseando arriba y abajo por la calle de los Canónigos, como había hecho meses antes Norberto esperando a Luis de Marsac. Su semblante, tranquilo de ordinario, revelaba ansiedad e inquietud, y, de vez en cuando, al pasar y repasar por el número 123, se detenía y miraba anhelante la cerrada puerta y las angostas ventanas, que nada le decían. Esperaba a su hijo. ¿Cuándo terminaría aquella temida entrevista y saldría Norberto para referirle cuanto en ella ocurriera? La noche anterior, tarde ya, había regresado Juan Calvino, después de una ausencia de quince días, y aquella misma mañana había enviado a su secretario, el joven francés De Joinvilliers, para hacer presente su deseo de que Norberto fuera a verle al salir de la escuela. El «deseo» era un mandato real, y De Caulaincourt acompañó a su hijo hasta la puerta de la casa; pero todas las súplicas del muchacho fueron inútiles para inducirle a entrar.

— No sería justo — le dijo —; sé un hombre, hijo mío. ¿Qué temes? Maese Calvino no va a matarte ni a pegarte.

— Y, sin embargo — repuso Norberto —, preferiría tener que ir a casa del viejo Sangsone para que me sacara una muela.

De Caulaincourt tuvo que esperar bastante. La criada que franqueó la entrada a Norberto ignoraba que su amo había salido para visitar a un amigo enfermo, porque, habiendo él personalmente abierto la puerta al mensajero que iba a buscarle (como le ocurrió en una ocasión histórica con un personaje que era nada menos que el Cardenal Sadoletto), había salido con él inmediatamente. Así, pues, Norberto fué introducido en la reducida habitación, sencillamente amueblada, donde Calvino generalmente leía, escribía y recibía a las visitas, y allí permaneció solo bastante tiempo, entregado a sus propias y no muy risueñas reflexiones.

Las de su padre apenas si eran más satisfactorias. Hallándose en el Patio de la Catedral cuando Calvino regresó a su

casa, no podía saber que ese detalle influyó mucho en la dilación. Quizá había parte de temor supersticioso en la opinión que, aun hombres inteligentes y activos, como De Caulaincourt, tenían de Juan Calvino; pero era lo cierto que el caso de referencia tenía motivo, ligero tal vez, pero real y verdadero, para sentirse inquieto. Conocía el carácter especial y atrevido de su hijo, que era en sí mismo un carácter, como él sabía muy bien, aunque sólo en parte lo entendía. ¿Sería posible que el travieso mancebo recibiera la amonestación justa de maese Calvino sin la debida mansedumbre y humildad? ¿Que tuviera la audacia de contestar, de defenderse, y hasta de argüir con él, desearo jamás oído? No había quien pudiera decir de antemano lo que Norberto era capaz de hacer. Y si se conducía de aquella manera, ¿qué ocurriría? El alma precursora de De Caulaincourt le dió la célebre respuesta de Mr. Speaker Onslow, cuando le preguntaron qué ocurriría si nombraba a un miembro del Parlamento, que fuera indócil: «Sólo Dios lo sabe.»

¡Al fin salió Norberto! Ya era tiempo; la gran campana de San Pedro iba a tocar las cinco. Seguramente el muchacho había salido mal, muy mal; estaba pálido, lloroso, y sus labios temblaban cual pudiendo apenas contenerse para no sollozar en alta voz.

Su padre corrió a él, verdaderamente alarmado. Norberto había despreciado el llanto desde muy niño, y ni los reproches ni los castigos le habían hecho verter una lágrima.

— ¡Oh, padre! ¡padre! — dijo al verle, casi en un grito.

— ¿Qué es eso, hijo mío? — Y acongojado, al ocurrirle súbitamente una idea, añadió: — Seguramente ¿no irás a salir de Ginebra? (Porque los aires de la ciudad no solían sentar bien a los que se oponían a la voluntad de maese Juan Calvino.)

— ¿Yo? ¡Oh, no! A mí no me ocurre nada; es a... es a Luis de Marsac.

— ¡Luis!

— A él y a Peloquín. Están en la cárcel, en Lyon; para morir, probablemente.

De Caulaincourt se conmovió mucho, sabiendo mejor que Norberto lo que aquella noticia significaba. Sentóse en uno de los bancos de piedra que había en el patio, y se cubrió el rostro con las manos, pasando algún tiempo sin poder articular una frase.

Norberto habló al fin, y, una vez roto el silencio, refirió a su padre todo lo ocurrido.

— Ha sido así — dijo —: Estuve espe-

rándole en aquella habitación que tiene las paredes cubiertas por libros hasta el techo, pudiendo apenas pensar que habría tantos en el mundo y diferentes todos, porque para qué había de tener dos ejemplares de uno mismo. En la mesa había plumas, un tintero de cuerno y muchos papeles, unos puestos juntos en orden, y otros sueltos. Además del sillón tallado, donde se sienta el maestro, hay uno o dos taburetes, y en uno de ellos me senté yo, procurando pensar lo que, probablemente, me diría y lo que yo debía contestarle. Pero el tiempo se hacía largo y me iba cansando ya de tal modo, que empecé a cabecear, y tal vez me hubiera dormido, a no pensar que si llegaba y me encontraba dormido le parecería una grosería y se enojaría más conmigo. Me levanté para espabilarme, y me dirigí a una ventana que está a espaldas de la habitación y da a un jardín muy bonito, lleno de flores. Eran preciosas, alegraban la vista y me recordaron a Francia, preguntándome si maese Calvino pensaría lo mismo.

— Piensa, y más que muchos. Pero continúa.

— Allí estaba yo oculto, supongo, por el cortinaje de la ventana, cuando él entró. Miré; pero no me vió y, a poco, me volvió la espalda, buscando algo entre los papeles que había en la mesa. Yo, no sabiendo qué hacer y temiendo molestarle, permanecí quieto.

— Debías haber esperado hasta que descansara un momento o levantara la cabeza, y entonces toser ligeramente para llamarle la atención.

— Pero no descansó, padre, ni levantó la cabeza, hasta que, al fin, creo que encontré lo que buscaba debajo de un montón de papeles. Era una carta cerrada...

— Olvidada quizá anoche, y alguien le diría hoy que estaba allí.

— Eso sería. Cortó el cordoncillo con un cortaplumas, rompió los sellos y empezó a leer. Entonces, padre, entonces... — la voz de Norberto se alteró — ocurrió la cosa más extraña que he visto.

— ¿Qué?

— Sin darse cuenta de lo que decía, murmuró: «¡De Marsac!» «¡Peloquín!» Y un momento después: «¡Dios mío!»; pero no como lo dicen otras personas — añadió el joven francés, que estaba acostumbrado a oír el gran nombre pronunciado con poco respeto—. Más bien parecía que gritaba en agonía a uno que oye. Su rostro estaba lívido de dolor y derramaba lágrimas, verdaderas lágrimas. Padre, ahora comprendo que hay cosas que afectan a maese Calvino.

(Continuará.)

Agente de ESPAÑA EVANGÉLICA en Cuba:

D. JOSÉ JUNCO TASA
San Miguel, 126. - HABANA

Esfuerzo Cristiano

Agradando a Cristo.

Dom., 19 de Agosto. 2.^a Tim., 2, 1-13

Lecturas diarias.

Lunes . .	Porque Cristo es Señor	El., 4, 1-6.
Martes . .	Porque es nuestro modelo	Rom., 8, 28-30.
Miércoles	Otorgando mercedes.	Mat., 25, 40.
Jueves . .	Agradando a Dios . .	1. ^a Juan, 3, 12-24.
Viernes .	Llevando buenos frutos	Juan, 15, 1-8.
Sábado . .	Con servicio leal. . .	Rom., 15, 1-3.

Estudio necesario.

Cristo llevó a feliz término la gran obra de amor para nosotros; cada día podemos sentir cómo nos hace sombra su protección. ¿Será, pues, mucho pedir que nos preguntemos cuál es nuestra manera de corresponder al amor del Salvador? Creemos que no. Todos deseamos agradar a Cristo; complacerle en sus deseos; nos sería grato saber que Él está satisfecho de nosotros. Y, sin embargo, esto es posible: podemos hacer su voluntad y hacer que esté complacido de nuestra conducta. Ahora bien: ¿por qué y cómo agradarle? Pueden darse muchas respuestas acertadas, que esperamos responderán en la reunión los esforzadores; pero mejor aún sería que no nos concretamos a dar contestaciones teóricas, sino prácticas, procurando que nuestra vida se desarrolle más en armonía con las aspiraciones del Salvador.

Ilustraciones.

Para agradar a los Césares, muchos de sus súbditos asesinaban cristianos; para agradar a nuestro Rey, debemos dar vida y no muerte.

El señor de la parábola que repartió los talentos entre sus siervos, se gozó de los que negociaran con ellos. Nuestro Señor también se agrada cuando empleamos lo mejor posible cuanto Él nos da.

Nada complace más a un padre que observar que sus hijos proceden bien los unos con los otros; él prefiere esto a su propia prosperidad. Así también nuestro Padre en el cielo se goza en el bienestar de sus hijos.

Temas para pensar.

¿Cómo puedo saber si estoy o no agradando a Cristo? ¿Cuál es la recompensa de agradar a Cristo? Nombrad algunas cosas que agradan al Salvador.


Pensamientos.

Cristo es el autor de todo lo que comprende felicidad, y por consiguiente, Él es quien conoce mejor las cosas que dan la felicidad, y más aún, se complace en darnoslas.

No podemos agradar a Cristo sin conocer sus deseos respecto de nosotros, esto es, sin ser estudiantes de la Biblia.

Cristo no se complace en nuestro servicio a medias, porque no busca darnos premios incompletos.

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

Sociedades infantiles.

El hombre que no quiso perdonar.

Dom. 19 de Agosto. Mat. 18, 23-33.

La parábola que sirve hoy de tema es una de las mas hermosas, y seguramente la que nos enseña mejor el deber de perdonar. Los personajes no pueden estar trazados con mayor exactitud. ¿Quién no ha sido perdonado de pecados y faltas? Y sin embargo, cuántas veces nos resistimos a dispensar y olvidar leves ofensas. Cristo dió una prueba más en la exposición de esta parábola del profundo conocimiento que tenía del corazón humano. No olvidemos que el espíritu perdonador nos asemejará a Cristo, y recordemos sobre todo, que si no perdonamos a los demás, tampoco Dios perdonará nuestras ofensas.

Para obreros evangélicos

¡REGOCIJAOS SIEMPRE!

Por Alfredo S. Rodríguez, ministro del Evangelio. Una serie de meditaciones estimulantes y alentadoras acerca de las fuentes y los resultados del gozo cristiano: gozo en la fe, en la oración, en el servicio, en las dificultades, etc. 160 páginas. En tela Ptas. 3,—

CON CRISTO EN LA ESCUELA DE LA ORACIÓN

Por Andrew Murray, un príncipe entre los escritores devocionales. Treinta y una meditaciones acerca de la naturaleza, condiciones, poder y frutos de la oración. 187 páginas de nutrida lectura Ptas. 3,—

JESUCRISTO, SU REALIDAD Y SIGNIFICADO

Por P. Carnegie Simpson. Un estudio del hecho real y positivo de que Cristo ha vivido sobre la tierra, y de que es actualmente una realidad viviente en la experiencia de millones de almas. 152 páginas. Ptas. 3,—

EL MINISTRO COMO PASTOR

Por Carlos E. Jefferson. Sanos consejos y amonestaciones a los pastores, por un pastor experimentado. 147 páginas. En tela. Pesetas 4,50

NUESTRAS NIÑAS

Por Margarita Slattery. Trata especialmente el problema de las niñas adolescentes de doce a diez y seis años. 84 páginas. Pesetas 2,50

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas

Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

Teléfono 17.933.

Escuela Dominical

Pablo lleva el Evangelio a Europa.

19 de Agosto.

Hech., 16, 1-15.

TEXTO ÁUREO: *Pasa a Macedonia y ayúdanos.* — Hech. 16, 1-15.

Fué en el segundo viaje misionero de Pablo cuando el Apóstol recibió el llamamiento que le trajo a Europa.

Había querido emprender este viaje en compañía de Bernabé, como el primer viaje; pero no pudieron ponerse de acuerdo en cuanto a Marcos. Bernabé quería que los acompañara, sin duda para darle ocasión de rehabilitarse. Pablo desconfiaba todavía. Los dos apóstoles, hombres buenos y sinceros los dos, tuvieron una contienda no pequeña. Por fin, cada uno se fué por su camino, esperamos que en paz. Pablo escogió por compañero a Silas (el llamado Silvano en las epístolas). En Listra encontró al joven Timoteo, que tan importante lugar había de ocupar en el corazón y en la vida de Pablo.

La súplica del varón macedonio es el llamamiento que hace a la Iglesia cristiana el mundo pagano, no siempre de una manera consciente, porque no siempre se da cuenta de sus necesidades. Los salvajes habitantes de las islas Sandwich no clamaron por auxilio. No sabían que lo necesitaban; pero el pueblo cristiano de América oyó el llamamiento, y poco después el mundo presenció uno de los mayores milagros de las misiones modernas.

«El clamor de Macedonia no se oye hoy materialmente; pero hay el gemido inarticulado de un hambre inconsciente, el anhelo incomprensible de las almas que viven sin Dios y sin esperanza. Y esto mueve a todos los verdaderos cristianos a la compasión y al esfuerzo.»

Considérese la historia asombrosa del Cristianismo en Europa. ¡Cuántos santos, mártires, reformadores, misioneros! ¡Cuántos movimientos potentes del Espíritu de Dios! Esta historia tuvo el comienzo más humilde que se puede imaginar. «Hablamos a las mujeres que se habían juntado.» Un modesto lugar de oración a la orilla de un río; cuatro hombres de pobre apariencia (debemos contar a Lucas, porque la narración se hace aquí en primera persona del plural), que probablemente habían trabajado durante la semana para ganar el sustento; unas pocas mujeres piadosas; así empezó la obra de Dios en el continente de Europa.

El Señor estaba allí. Él fué quien abrió el corazón de Lidia para escuchar lo que Pablo decía y sólo Él puede hacer brotar en los corazones una fe viva.

Lidia era seguramente una mujer de bastantes recursos, pues su comercio de púrpura requería algún capital. Ella y su familia fueron bautizados, y entonces ofreció su casa a los mensajeros de Cristo. Como alguien ha dicho, Lidia no abrió sólo su corazón, sino su bolsillo y su casa, demostrando así la sinceridad de su conversión. Así nació la iglesia de Filipos, a la cual dirigió el Apóstol, diez años después, la más cariñosa de sus cartas.